

CONFERENCIA DEL ACADEMICO CORRESPONDIENTE

Ing. Agr. JORGE TACCHINI

30 AÑOS DE EXPERIENCIA EN INVESTIGACION SOCIOECONOMICA APLICADA

Señoras y señores:

Esta importante distinción que hoy recibo y profundamente agradezco, es para mí ocasión para realizar un balance de mi ya larga vida profesional.

Algunos claros principios rectores han ido orientando mi actividad académica:

1) **El primero se refiere a un enfoque amplio del concepto de desarrollo** que debe contemplar no sólo la satisfacción de necesidades materiales sino también de tipo cultural, persiguiendo objetivos educacionales compatibles con una mayor armonía social y una mayor libertad creativa.

Desarrollo podría definirse como la capacidad para elegir las alternativas más adecuadas para la solución de los problemas espirituales y obstáculos materiales que se plantean a la sociedad. Este concepto está correlacionado con la capacidad de autodeterminación.

El primer valor que caracteriza a una sociedad creativa es la libertad que no debe restringirse solamente al aspecto político, sino entenderse como posibilidad de realización individual que ofrece una comunidad.

Los enfoques amplios, característicos del concepto de desarrollo integral, determinan por otra parte la necesidad de metodologías fundamentalmente esencialistas que permiten fusionar tecnologías interdisciplinarias.

El esencialismo rechaza principios de la escuela filosófica positivista que sólo reconoce como verdad lo demos-

trable experimentalmente. En cambio la mayor parte de los grandes progresos de la humanidad demuestra que la verificación por medio de la observación sigue y no precede al imaginativo rasgo del ingenio de hombres como Aristóteles, Leonardo o Einstein.

El enfoque esencialista afirma la necesidad de fijar claramente los parámetros de evaluación, antes de discutir problemas éticos o científicos.

La diferencia entre el esencialismo, vinculado al método deductivo y el nominalismo que desarrolló el método inductivo experimental surge de un antiguo dilema en relación al tratamiento de conceptos universales, tales como justicia, Estado, libertad o más simplemente vegetal o color.

El enfoque nominalista en la ciencia tiende a clasificar en base a similitudes. De una clasificación de vegetales deriva la ciencia botánica. Pero en el enfoque esencialista es prioritario el estudio de las características intrínsecas de la idea de vegetal que lo define como tal. Para permitir una mejor comprensión de esta diferencia valga el recuerdo de la teoría platónica de las ideas que admitía un dualismo metafísico, diferenciando, por ejemplo., los bienes materiales, contingentes mutables y clasificables, de la idea inmaterial y eterna del bien, que el hombre debe percibir y perseguir.

Popper, unos de los pocos grandes pensadores actuales, acusa a los filósofos profesionales de haber perdido contacto con la realidad, porque renun-

ciaron en gran parte a la responsabilidad de orientar a las diferentes disciplinas científicas.

El triunfo del positivismo inglés representado por Spencer, del positivismo lógico del círculo de Viena, del pragmatismo americano de Pierce y James ha conducido, a mi criterio, a una deflación cultural que destruye las bases mismas de nuestra cultura occidental de origen greco-romana.

Las ciencias sociales siempre avanzaron utilizando métodos fundamentalmente deductivos, pero en los últimos siglos seducidos por los avances provocados por la experimentación inductiva en las ciencias físicas y naturales la escuela empirista sajona perdió su función rectora dejando avanzar la tecnología sin rumbo, sólo guiada por enfoques coyunturales restringidos de evaluación.

La tecnología terminó por ser la variable independiente y la conducta humana la dependiente que debía adaptarse a sus exigencias.

Tal concepción nos ha conducido a los desequilibrios etológicos y sociales hoy tan evidentes.

En la enseñanza universitaria de Facultades científicas como la nuestra el enfoque nominalista es necesario en especialidades de tipo biológico, donde la clasificación es premisa indispensable del reconocimiento y del diagnóstico, pero no debe exagerarse transformando la enseñanza en un ejercicio mnemónico y priorizando los aspectos descriptivos en relación a los funcionales.

Estoy totalmente convencido que corresponde a nuestro ciclo social luchar para evitar estos desbordes, asumiendo el compromiso de definir conceptos básicos y defender valores culturales, haciendo entender que los métodos experimentales no son ciertamente los únicos que conducen al conocimiento y convenciendo respecto a la función orientadora de las ciencias normativas.

II) El segundo principio rector debe ser, a mi criterio, la defensa de los objetivos históricos de la Universidad: el carácter universal de la cultura, la libertad de enseñanza, el compromiso con la civilización.

La Universidad en sus gloriosos co-

mienzos fue fundamentalmente una libre asociación de estudiantes y profesores, independiente de los poderes temporales locales. El mismo sentido de la palabra "universitas" significa un rechazo de toda limitación ideológica y política.

Los grandes ideales de sus comienzos se interpretaron como la necesidad de superación de las limitaciones de las fronteras nacionales y la garantía de la permanente participación y responsabilidad del estudiante en su propia formación, con libre elección de temas de estudio y de las personas más aptas para dictarlos.

Solamente en el siglo XVII en las Universidades se acentuó la dependencia de los Gobiernos Nacionales, con la consecuencia de que en pocos siglos, como ya manifestaron varios pensadores, entre ellos Ortega y Gasset, estas instituciones perdieron el liderazgo cultural. El americano Donald Whiteelm afirma en una honesta auto-crítica que las Universidades occidentales actuales diplomán técnicos bien preparados desde el punto de vista de los conocimientos pero, textuales palabras, con "menos sentido común que cualquier granjero".

Tratar de mantener viva la antigua llama significa en docencia sustentar una permanente comunicación con los estudiantes, superando el escollo de reglamentos estrechos y de ingerencias externas. La enseñanza basada en objetivos principalmente afectivos ofrece al alumno un alto grado de participación y de libertad creativa. La evaluación final debe ajustarse al principio de que el rechazo afecta de igual manera al profesor que ha fracasado en sus objetivos y al alumno que no ha alcanzado el nivel exigido de aprendizaje.

En cuanto a las relaciones con el medio, la autonomía universitaria no debe interpretarse como falta de compromiso, sino muy al contrario como necesaria libertad para enfrentar problemas y ofrecer alternativas de las más convenientes soluciones, no viciadas por sesgos ideológicos.

Los intentos a veces violentos de copamiento ideológico de la Universidad demuestran solamente la preocupación para limitarla.

La especialización de las funciones

en el mundo moderno ha asignado teóricamente a la Universidad el escalón más alto en el campo del saber. A ella deberían llegar los problemas que por su dificultad no se han podido solucionar en los escalones intermedios.

Sin embargo, personalmente creo que la Universidad siempre debería estar en contacto con los problemas prácticos, para evitar que su principal y alta tarea de mantener actualizado el conjunto de los valores culturales y proponer las prioridades en su satisfacción, sea en la práctica inapropiada e inadaptable al nivel de desarrollo de la población.

En la segunda parte de esta conferencia quiero explicar, aunque sea en forma anecdótica, para no ocupar demasiado tiempo, cómo a lo largo de mi carrera profesional se han ido afirmando estos principios rectores y cuál ha sido el beneficio y el costo de su aplicación práctica.

Mis comienzos fueron muy diversificados en las actividades realizadas, facilitándome una mayor comprensión del concepto de desarrollo integral.

Me inicié, siendo estudiante, en la actividad privada, en un taller metalúrgico, en la fabricación de máquinas clasificadoras de fruta. Esta actividad me permitió conocer bien la agricultura del Valle del Río Negro, aunque me impidió seguir regularmente los cursos en la Universidad. Debo a una serie de disposiciones de la época, haber podido cursar de noche los trabajos prácticos de los primeros años, sin asistir a clases teóricas.

En consecuencia me considero autodidacta en un grado más alto que el normal, aunque la experiencia universitaria que ya había acumulado durante dos años en Italia me ayudó notablemente.

Estas circunstancias avalan también mi preferencia por una Universidad abierta con la máxima libertad en cuanto a la elección de materias y métodos de aprendizaje.

En el año 1957, contratado por el DIC (Departamento de Investigaciones Científicas) participé en un programa de producción de semillas de papa libres de virus en la alta precordillera.

Recuerdo con especial cariño esa época, viviendo en ranchos con los

compañeros de equipo, entre ellos el español Félix Alonso, hoy fallecido, o en la vieja pulpería con rejas, sumergidos en una vida pastoril, inmutable desde el siglo pasado, que me ligó afectivamente a la historia y tradición argentinas. Desde esa época la cultivo, con permanentes lecturas y clases que suelen ser preferidas por los alumnos.

Fue una experiencia vivencial que me facilitó una mejor comprensión de las grandes diferencias que se presentaban en esa época entre el sector urbano, permanentemente inspirado por las modas europeas y el rural todavía influenciando por tradiciones indígenas ancestrales.

Nació en esa época mi aversión a modelos sociales pseudocientíficos muy alejados de la realidad cultural del pueblo.

Entre las experiencias profesionales de esos primeros años de 1958 a 1960, en que me dediqué a la instalación de riego por aspersión para defensa contra heladas en Tunuyán, antes de entrar a INTA como investigador en fruticultura, recuerdo con particular afecto al Prof. Fulgencio Marín, con el cual colaboré en su laboratorio de análisis que instaló, después de haberse forzosamente alejado de la Universidad.

Mi origen europeo me inducía a un gran respeto por la Universidad, por la inviolabilidad de sus recintos, necesaria para asegurar la libertad de expresión y el reconocimiento de los méritos para la función, independientemente de consideraciones de raza, credo religioso o político. La experiencia de los Dres. Marín y otros, a las cuales siguieron muchas en sucesivos cambios de gobierno contradecían estos principios.

En los años sucesivos, después de mi renuncia al INTA e ingreso al Instituto de Investigaciones Económicas y Tecnológicas del Gobierno de la Provincia, descubrí mi nueva vocación por la economía agraria.

Llegué a entender ya en esa época que la única forma de llegar a una reconciliación de ideas y hombres en el país se fundamenta en la práctica de la verdadera justicia, entendida como la armonía social que se obtiene cuando cada individuo puede practicar

el oficio que más le conviene y donde más eficientemente contribuye al bienestar general.

Esta elección podría considerarse también como un retorno a tradiciones familiares que guían casi inconscientemente la conducta humana en sus decisiones más trascendentales. Conservo todavía un libro sobre economía, publicado por mi padre a los 29 años de edad, un año antes de su muerte prematura. También influyeron en mí las enseñanzas del viejo liceo humanístico europeo que priorizaba los aspectos formativos culturales.

Los primeros años de la década del 60 fueron muy fructíferos en la nueva especialidad. En la función pública, gracias a un buen gobierno y un buen equipo interdisciplinario, pudimos acumular experiencias en evaluación de proyectos que consistían generalmente en propuestas de inversiones extranjeras, abundantes en esa época en la Provincia. La alta demanda de técnicos en estas especialidades me abrió también la puerta a trabajos de consultoría, a un cargo de asesor en la Bolsa de Comercio de Mendoza y a un contrato del Consejo Federal de Inversiones para realizar el cálculo del Producto Bruto del sector agropecuario en las Provincias de Mendoza, San Juan, San Luis y Neuquén. Este trabajo es uno de los que recuerdo con más cariño. Gracias a él pude conseguir amplios conocimientos de la agricultura y ganadería de provincias argentinas diferentes, pero ricas en recursos poco explotados.

En 1964 obtuve una beca del gobierno francés para trasladarme a Francia.

Aproveché la estadía para terminar el doctorado en Bolonia y publicar algunos trabajos sobre temas relacionados con la beca, en especial la evaluación económica de las posibilidades de depuración de las aguas cloacales de Mendoza y de la transformación en compost de residuos domiciliarios.

El interés de empresas de Francia para resolver este problema de Mendoza, a cambio de tierras fiscales que interesaban a colonos franceses, no pudo concretarse por uno de los tantos cambios de gobierno que se produjeron en la Provincia.

En 1965, a mi retorno, obtuve por

concurso el cargo de Profesor en economía y legislación agraria en esta Facultad.

La estrategia docente y de investigación que elegí se orientó hacia la contribución a un desarrollo integral del sector agrario, complementando este objetivo con el de una educación participativa. Articulé esta estrategia en tres principales líneas de trabajo.

La primera tenía como objetivo la permanente actualización del diagnóstico del sector agropecuario de Mendoza y la contribución, promoviendo convenios, a las políticas agrarias más convenientes.

La segunda, con metas geográficamente más amplias, me impulsaba a contribuir a los trabajos de consultoría y proyectos de colonización, que en ese momento abundaban en el país, en especial en nuevas áreas bajo riego.

La tercera consistía en la puesta en ejecución de proyectos a nivel demostrativo, como método necesario de control de la validez práctica de los planes propuestos.

Las tres líneas de trabajo están vinculadas a la investigación empírica y a la transferencia tecnológica. Indirectamente también pueden impulsar avances en investigación pura, como consecuencia de la solución de problemas nuevos planteados por la realidad.

La principal actividad desarrollada en la primera línea de trabajo fueron las encuestas a campo, generalmente realizadas por los alumnos. Año tras año después de una primera publicación referida al departamento de San Carlos, siguieron estudios de diagnóstico que abarcaron toda la Provincia, en general financiados por el Gobierno Provincial o Municipalidades. A veces se completaron con programaciones y proyectos, como es ahora el caso del convenio con la Municipalidad de Santa Rosa, y como fueron los proyectos generalmente en convenio con Municipalidades de Luján o Maipú, del Valle de la Carrera de San Carlos y el de San Rafael. Hoy la codificación de la información recibida y su tabulación en computadora nos permite mantener un servicio completo de información sobre la agricultura de la Provincia, financiado por la Secretaría de Agricultura de la Nación, programa con-

junto con Naciones Unidas, basado en la actualización permanente de unos 70 modelos estadísticamente representativos, de la evolución del sector.

Por otra parte la abundante información nos permitió incursionar en la política agraria provincial. Ya a principios de la década del 60 habíamos advertido sobre los crecientes peligros de una crisis vitivinícola.

Convencidos de la necesidad de diversificación de la producción, como única salida viable, en 1966 y diez años después en 1976 condensamos nuestras experiencias en dos publicaciones entregadas al Gobierno de la Provincia y difundidas entre los productores.

En muchos casos la falta de información local nos obligó a trascender el límite de las programaciones y evaluaciones económicas, para realizar ensayos a campo que nos permitieran orientarnos en relación a las tecnologías a utilizar.

En 1983 la experiencia acumulada se condensó en trece volúmenes titulados "Transformación Agropecuaria de la Provincia de Mendoza" en un estudio financiado por el Consejo Federal de Inversiones, con una propuesta de diversificación, articulada en un centenar de proyectos. Los límites de tiempo, la posterior anulación por cambios de Gobierno, de la segunda etapa, ya prevista a nivel de factibilidad e ingeniería de proyecto, no nos permitió pulir, profundizar y completar esta importante obra que refleja el esfuerzo de un equipo completo de investigadores.

Hoy sin embargo la experiencia acumulada ha transformado al IEA en un centro de asesoramiento económico para técnicos y agricultores, sobre todo en los cultivos o explotaciones de granja y ganadería no tradicionales en Cuyo.

Capitalizando esta experiencia y considerando la necesidad de formar extensionistas en Mendoza con preparación amplia que permita complementar una buena formación en ciencias sociales, con un manejo tecnológico adecuado, ya hace dos años hemos iniciado a nivel de post-grado la carrera de Magister en Tecnología Rural Adeuada y Transferencia Tecnológica que

se enriquece con la concurrencia de profesores europeos.

La segunda línea de actividades del Instituto, referente a programas y proyectos de colonización, ha sido la que nos otorgó las mayores satisfacciones.

Mencionaría en primer lugar, por su importancia, la programación de la primera colonización en Viedma a partir del año 69, realizada en convenio con IDEVI. A distancia de veinte años la realidad actual en cuanto a superficie de las parcelas, tipo de explotación, tecnología aplicada, responde casi con total exactitud a la distribución prevista en los modelos preparados, utilizando por primera vez en el país las grandes matrices de programación lineal. Esta exactitud en la previsión, atestiguada por los cuatro volúmenes publicados por IDEVI en el año 72, que contrasta con las grandes diferencias que se han verificado en otras grandes colonizaciones de esa época, no debe sin embargo atribuirse a la precisión del algoritmo matemático utilizado. En realidad la experiencia acumulada en la agricultura de Mendoza nos permitió superar la inexistencia en el lugar de cultivos y con poca información básica sobre ecología del lugar, plantear hipótesis, aplicando correctamente el método deductivo que nos permitió adelantarnos a la verificación empírica.

Entre otros proyectos de colonización que pudieron contar con la participación de los alumnos por ubicarse en Mendoza, citaré el del campo El Vidalino, interrumpido también por un cambio de Gobierno, el de Malargüe correspondió al Instituto la propuesta y el ensayo de adaptación de la cabra angora que trajimos de la Patagonia, de la raza bovina Pardo Suiza y de la oveja Karakul, proporcionada por el Gobierno de San Luis.

En cuanto a proyectos de otras provincias podemos citar colaboraciones con La Rioja, con Catamarca, donde preparamos el proyecto de reconciliación de Fiambalá y un estudio de la producción de nueces, con San Luis en el Valle de Conlara.

Solamente un país joven como Argentina puede ofrecer la satisfacción de una participación pionerística en la explotación de sus nuevos recursos

que por sí sola, creo, justifica la vida de un agrónomo evitando los vacíos existenciales que tanto preocupan a los habitantes de países desarrollados. Agradecemos entonces esta oportunidad.

El tercer campo de trabajo: el demostrativo resultó para nosotros el más difícil, por la frecuente incompreensión de nuestros reales objetivos y por la resistencia que siempre ofrece la realización concreta que exige sacrificios y continuidad.

Se inició en 1966 con la instalación en convenio con el Gobierno de la Provincia de un tambo demostrativo que se manejó como empresa durante tres años y sirvió para las prácticas de administración rural.

Esa precursora experiencia demostrativa originó algunos inconvenientes que con el tiempo acepté filosóficamente comprendiendo que el mecanismo académico conformista siempre apunta contra aquellos que tratan de ampliar horizontes, integrando varias disciplinas.

El principio que defendíamos de mantener la Universidad conectada con los problemas del medio, integrando la investigación con la transferencia tecnológica, comenzó a demostrar su validez justamente en esta época. Un método simple de programación, puesto a prueba en el tambo, obtuvo un importante premio nacional en 1970 después de haber sido publicado en tres oportunidades en países europeos y latinoamericanos.

En 1969 me valió también una designación en FAO para programar un tambo modelo en Santo Domingo. Lo más interesante de ese breve período fue el trabajo en equipo con técnicos de varios países europeos, asiáticos y latinoamericanos. Sin embargo, una instintiva aversión por la vida itinerante del técnico internacional, alejado de la familia, me convenció a no aceptar la renovación del contrato.

En los años siguientes mi instintiva necesidad de realizaciones prácticas, ya que nunca me pude limitar a la formulación teórica, me impulsó a lanzar al Instituto de Economía a otras varias aventuras en el campo de la demostración, en colaboración con instituciones públicas y empresas privadas.

Entre ellas puedo citar la administración de la cabaña agrícola-ganadera Malargüe y la estancia Monte Coman, ambas del Gobierno de la Provincia, donde se logró una interesante experiencia de pastoreo. En esa oportunidad se pudieron introducir, por inseminación artificial y cruzamientos, las razas Romagnola, Limousine, Nelore y Brangus, comparando los resultados con las tradicionales Aberdeen y Hereford.

De nuevo nos tocó también la administración de un tambo demostrativo en San Rafael.

En 1982 como Decano se me presentó la oportunidad, financiando en buena parte la inversión con trabajos de consultoría del IEA, de poner en funcionamiento las industrias pilotos de la Facultad de Ciencias Agrarias, con el objetivo de utilizarlas como prácticas de seminario para los alumnos.

Llega ahora el momento de un balance final. En él expondré ideas que también se originaron en la experiencia vivida y en los trabajos conceptuales realizados.

Los proyectos realmente llevados a ejecución constituyen un porcentaje bajo en relación a los iniciados. La inestabilidad política no ha permitido mantener una continuidad. Casi siempre imperó el criterio de desconocer los programas de los Gobiernos anteriores, sin evaluarlos ni tener en cuenta el tiempo y las inversiones ya realizadas. Esta actitud irracional ha sido causa de incalculables despilfarros de tiempo y recursos a nivel de país, fundamentándose en la inmadura soberbia de quienes consideran que sólo los que pertenecen a su casta o comulgan con sus ideologías, pueden realizar aportes positivos al bien común.

Se pretendió desconocer que el progreso de los pueblos se debe principalmente al reconocimiento del mérito para la función, verdad expuesta ya hace muchos siglos por Lao, Confucio y libros religiosos como el Corán.

En nuestro país demasiadas veces se ha deseado en cambio la función pública para adquirir poder y prestigio personal y no para servir al bien común.

El largo período de estancamiento del pueblo argentino, que se inició en el primer decenio de este siglo, constituye lo que podemos denominar un período de "retiro" que, aunque aparentemente inútil y conflictivo, constituye una fase necesaria de aislamiento y preparación casi mística, común en la juventud de hombres y pueblos que necesitan, recogiendo en sí mismos, superar contradicciones internas, trascendiéndolas para adquirir la fuerza y fe exigidas por sus futuras creaciones.

La Biblia nos cuenta del retiro de Moisés y de los profetas y en otras religiones los de Buda o Mahoma, en la literatura los de Dante o Tolstoi y entre los grandes líderes políticos el de Ghandi. Todos ellos se encerraron en períodos de aislamiento voluntario y concentración interior que siempre precedieron sus obras más fructíferas.

Entre los pueblos, Italia en el período anterior al Renacimiento y en los siglos posteriores antes del llamado Resurgimiento e Inglaterra en las primeras décadas del siglo XVI sufrieron retiros aparentemente definitivos.

Los argentinos, superficialmente optimistas antes y hoy excesivamente desesperanzados, deberían recordar estos ejemplos.

Jorge Luis Borges, tan duro en sus críticas a la decadencia argentina, me recuerda a los dos más grandes poetas de la literatura mundial que también vivieron en épocas de "retiro" de sus respectivas naciones y desesperaron de su futuro.

Dante, que vivió en el siglo XIV, en plena oscuridad medieval, comparaba, en sus famosos versos Italia con un burdel y paradójicamente Shakespeare, dos siglos después, viviendo en una Inglaterra que era una simple colonia económica y cultural de la renacida Italia y en especial de Florencia, clamaba: "Las modas de la soberbia Italia que imita nuestra simiesca nación".

Los tres grandes poetas tienen algo en común: el excesivo pesimismo en relación al presente y escasa fe en las perspectivas históricas de su pueblo, pero cumplieron una función importante: la de estimular positivamente a sus autocomplacientes contemporáneos.

Argentina, ya a fines del siglo pasado, se debatía entre la contradictoria aceptación formal de las ideas liberales de próceres como Alberdi y un concepto autocrático del poder heredado del mercantilismo europeo.

En la última década del siglo cuando la Constitución liberal parecía triunfar sobre la herencia autocrática, la nueva inexperta clase intelectual y política argentina cayó en las redes de las ideas decadentes europeas. Con Hobbes primero y Hegel después la filosofía había aceptado el camino del exasperado estatismo que debía avallar en Europa las tristes dictaduras de este siglo.

La soberbia sobrevaloración del progreso tecnológico había inducido a la ingenua esperanza de perfección de las instituciones humanas: el Estado como Dios Terrenal y la ciencia sustituyendo a la Religión. Se inició así el proceso nefasto de divinización del Estado que, según Hegel, encarnaba la idea ética en su plenitud.

El mito del Estado Providencia ha constituido un grave error. En el campo económico significó aumentar los gastos del Gobierno argentino de un 15 % del P.B.I. en 1915 a más del 30 % y probablemente en el año pasado a más del 40 %. Los gastos improductivos ahogaron la inversión que en la década del 20 representaba de un 30 a un 40 % del P.B.I. y se reducía a menos del 6 % en la década del 80. Significó también un desequilibrio sectorial que ha perjudicado sobre todo a la agricultura.

Este mito adelantó una etapa distributiva mal planificada, perjudicando a la producción y al desarrollo tecnológico y perpetuando las viejas estructuras coloniales que se caracterizaban por la concesión de privilegios con criterios corporativistas, favoreciendo a los planes transitoriamente dominantes.

Su consecuencia más nefasta no ha sido sin embargo la económica que puede rápidamente superarse, sino la educativa.

Ha organizado el pueblo en coaliciones distributivas no acostumbradas a luchar para independizarse y progresar, como hicieron los primeros inmigrantes, sino a peticionar mayores privilegios en el reparto.

Esta desviación en los valores de un pueblo orgulloso, que a fines del siglo pasado supo progresar más rápidamente que cualquier otro en el mundo, gracias a su esfuerzo personal, será la de más lenta recuperación.

El segundo mito paralizante ha sido la teoría de la dependencia, tan cara a la clase media intelectual latinoamericana, porque constituye la mejor excusa para explicar su estancamiento.

Se basa en algunos hechos ciertos que han perjudicado a Latinoamérica, como el proteccionismo europeo surgido después de 1929 y el comportamiento ávido y egoísta de muchas corporaciones de Estados Unidos.

Sin embargo desconoce que las ideologías tercermundistas han nacido en el Hemisferio Norte, en especial en Estados Unidos, Francia y Rusia. No es casual la coincidencia en los objetivos de la literatura naturalista de Estados Unidos que pretende demostrar la dependencia del hombre y la sociedad del contorno que los rodea, la apología del delito político de Sartre y la teoría leninista del imperialismo.

En la práctica sirvieron para trasladar convenientemente los conflictos ideológicos y militares de los dos bloques, desde el Hemisferio Norte que ahora vive en paz, al Sur.

La lucha impar que como docentes hemos librado contra esta teoría, significativamente apoyada por una avalancha increíble de literatura que hoy todavía invade en oferta, a precios irrisorios, las librerías de calle Corrientes y de todo el país, mientras nuestras voces han sido sistemáticamente acalladas, se debe a sus efectos nefastos de inducir a la juventud a la desesperanza paralizante, al fatalismo y resignación que justifican la desconfianza en la propia capacidad. Se realiza una transferencia freudiana de las propias responsabilidades, autoconvencidos de nuestra propia impotencia. También se llega a la falsa creencia de que la riqueza de los pueblos depende de la pobreza y explotación de otros, olvidando que más del 90 % de los productos de explotación primaria minera, agrícola y secundaria industrial, se generan en los países desarrollados.

La verdad histórica que debe en rea-

lidad alentarnos a reaccionar es que las más grandes civilizaciones, como demostró contundentemente Toynbee, han nacido siempre en países pobres, en condiciones duras de "habitat" y después de golpes recibidos por vecinos poderosos.

No existe en realidad ningún ejemplo histórico de un imperio que haya podido evitar el progreso de otros pueblos decididos a evolucionar. Sin recurrir a los clásicos ejemplos de Atenas, Roma, o la civilización sónica del Yangtse, podríamos pensar en hechos más recientes; la liberación de la India, la increíble y admirable hazaña del nacimiento de Israel, donde unos pocos colonos se enfrentaron conjuntamente, al imperio inglés y a la totalidad de los pueblos árabes, o la recuperación de Japón, vencido y ocupado y que hoy ha llegado a ser, a pesar de su pobreza en recursos naturales, la más eficiente potencia económica mundial.

Por fin se nota una nueva voluntad de reacción en el pueblo argentino, un rechazo a la violencia y la confianza en la recuperación basada en el trabajo fecundo. También en el mundo una racionalidad madura sustituye a la emotividad irresponsable.

En primer lugar la ciencia ya no se aleja sino se acerca, con sus nuevos descubrimientos a la metafísica. "No puedo creer —decía Einstein— que Dios juegue a los dados con el Universo". Más se expande la esfera de la ciencia, más se acerca a lo desconocido.

Surge también la conciencia de que la completa satisfacción de las necesidades humanas no es por sí sola suficiente, ya que, como dijo Frank: "da lugar a un frustrante vacío interior".

Se acepta que el destino del hombre está ligado a la naturaleza que debe ser protegida y con esto se ensalza nuestra profesión.

De nuevo se prioriza el desarrollo del ser humano individual como paso previo al progreso social. Ya el hombre no se considera un simple medio para el engrandecimiento del Estado "La dignidad del hombre —dice Benoist— determina la perspectiva ética de su desarrollo".

El Estado se retira a su principal

función de garante de los derechos inalienables de los ciudadanos y al énfasis en su crecimiento y al del derecho público en relación al privado, se sustituye el convencimiento de que el Estado es tanto más eficiente cuanto más lacónico y menos extendido en sus funciones.

En el sistema académico se objetan los mecanismos conformistas y se plantea la necesidad de una enseñanza más participativa, integrada y evaluada con un eficiente control de gestión.

En agricultura se perfila una mayor integración, diversificación y autosuficiencia energética. Por otra parte se tiende a complementar el agro con actividades recreacionales y turísticas. Particular importancia también adquieren las estrategias de valorización de los productos agrícolas, transformando bienes indiferenciados en diferenciados e incorporando servicios que ahorran tiempo al consumidor.

Tales cambios no significan una vuelta al pasado. En la sociedad liberal el principio organizador debía ser el mercado, en la marxista el Estado perfecto. Nosotros creemos que en la nueva sociedad el principio organizador es el individuo mismo, solamente limitado por los valores básicos de la comunidad.

Esta visión de la unidad fundamental del hombre como principio organizador y a su vez parte de un todo, he demostrado su validez en este siglo por la acción eminentemente práctica de Ghandi.

La aceptación de estos principios permite superar las viejas utopías de planificación holística de la sociedad humana.

Es una nueva conciencia religiosa en el sentido amplio de la palabra latina "religar" que significa reunir que nos permite confiar en un desarrollo, inducido por la voluntad y acción del pueblo mismo, abandonando la idea de centralización del poder político y económico que solamente otorgaba ventajas a grandes empresas públicas o privadas.

Para evitar los enfrentamientos y la excesiva competencia que ha caracterizado la economía liberal, amenazando un regreso a la bárbara lucha de todos contra todos, está surgiendo un

nuevo sistema de valores sociales que limita la acción guiada por el egoísmo individual, cuando atenta contra nuestro equilibrio con la naturaleza y nuestra supervivencia.

En economía esto significa una organización de la producción preferentemente basada en pequeñas unidades, modularmente organizadas como ya está ocurriendo en los países orientales, especialmente en Japón y en Italia. En la agroindustria mientras en Estados Unidos y Gran Bretaña menos de 10 empresas manejan del 50 al 70 % del mercado, en Japón existen 45.000, muchas de ellas con menos de 10 empleados. Hemos defendido este principio en conferencias afortunadamente publicadas y trabajos en 1978, 1979 y 1980 cuando parecía prevalecer la creencia en las ventajas de escala de las grandes empresas agrícolas. Nos espera una enorme tarea para encauzarnos en estas tendencias liberadoras, pero desde ahora nuestra velocidad de avance será superior, porque el viento que siempre nos ha frenado, ahora sopla en nuestras velas.

En Mendoza deberemos diversificar nuestra producción en pequeñas unidades productivas más integradas y tener en cuenta las nuevas tendencias de los mercados internacionales. Argentina siempre insistió en la exportación de productos de bajo valor como cereales o cueros crudos, cuyo mercado se encuentra en fase de retroceso o estancamiento. Queda el desafío de aumentar en cambio las exportaciones de alto valor. El 77 % del mercado mundial de productos agroindustriales que representa 230.000 millones de dólares anuales es de alto valor, y sólo el 33 %, unos 70.000 millones es de bajo valor.

La razón de nuestra suicida insistencia en productos de bajo valor reside también en el viejo planteo mercantilista que pretende mantener controles rígidos, pensados para una época de total estabilidad. Si un producto no está previsto en nuestro código aduanero o si no hay contrato a precio de referencia no se exporta. Tal estructura no es compatible con un mercado mundial sofisticado, caprichoso y cambiante que exige cada día nuevos objetos de entretenimiento.

Brasil, por ejemplo, aprovechando su mayor flexibilidad, ha llegado a exportar 1.100 millones de dólares anuales de calzados a Estados Unidos, suma superior a nuestras exportaciones de maíz, utilizando en un 75 % cuero crudo argentino.

Queda entonces la tarea de desmantelar la normativa legal vetusta y excesiva para salvar la economía de la Nación y de las provincias. Entonces se nos abrirán muchos "nichos" interesantes en los mercados.

Los nuevos cambios que se perfilan en la conducción del país significan el triunfo de ideas que hemos defendido durante muchos años. En consecuencia me siento realizado. También tengo por primera vez confianza en el retorno triunfal argentino al seno de las naciones más avanzadas.

Escribió Michener, uno de los escritores más perspicaces de la actual literatura norteamericana, que quizás dentro de algunos siglos se reunirán eruditos en un nuevo país desarrollado para estudiar las causas del ciclo de decadencia cultural que inició Estados Unidos a fines del siglo veinte. Creo por la lógica histórica que este nuevo país será probablemente un americano del cono sur, quizás Argentina.

Aunque el cielo hoy aparezca todavía cubierto de oscuros nubarrones se entrevé en el horizonte el fin de la tormenta.

Nuestra generación quizás no alcance a gozar un cielo totalmente sereno, pero los problemas que hemos enfrentado han enriquecido nuestra personalidad.

Personalmente creo que el valor positivo de la libertad que Dios nos ha concedido y las dificultades con las que nos ha enfrentado constituyen el mejor método de enseñanza: continua

y esencialmente práctica. Como docentes deberíamos imitarla.

La felicidad no es un don en sí mismo sino un factor derivado como ya advirtió Kant. Depende de la bondad de los objetivos que el hombre se propone y del compromiso para asumir las responsabilidades propias de la época en que vive.

Quiero terminar con un especial agradecimiento a todos los que me han apoyado en mi vida profesional, a las autoridades de la Academia, de la Facultad y al personal del Instituto de Economía Agraria que siempre me ha sostenido y que constituye un símbolo, por su heterogeneidad cultural, que se complementa sin embargo positivamente con el espíritu de cuerpo de la institución. Han sido elegidos por sus méritos personales, independientemente de otras consideraciones. Hemos formado un equipo diferente en sus raíces culturales: argentinas, españolas, italianas, japonesas, eslovenas, chilenas o alemanas, diferente en sus creencias religiosas: católica, protestante o budista, diferente en sus preferencias políticas. Sin embargo ha constituido durante treinta años una gran familia y un semillero, ya que muchos de los integrantes del Instituto se han distinguido en importantes funciones en el país.

Lo considero una prueba más de la gravedad del error que se ha cometido frecuentemente de pretender uniformidad en los ideales y en la cultura.

La base del progreso es, en cambio, la variedad misma del material humano y de su capacidad creativa.

La diversidad de culturas o temperamentos es la mejor prueba de la voluntad divina que respeta la experiencia individual.

Muchas gracias.